

innovación
imaginación
interculturalidad
investigación
integración
inteligencia
inversión
inventiva
igualdad
impulso
ingenio
ilusión

LA CASA DEL LECTOR

La Casa del Lector es un espacio reservado a quienes hacen de la ficción su entorno vital. Habitan esta casa aquellos que experimentan un estado cercano a la alucinación, producida por la letra impresa. En los libros parece hallarse la propia ubicación personal, la respuesta a los interrogantes vitales. Sin embargo, cada texto es una pregunta que conduce a otra en una cadena infinita de la que el lector se encuentra perpetuamente prendido.

GUSTAVO MARTÍN GARZO

Escritor

Reflexiones



“René Magritte podría haber pintado un cuadro con este tema. Se llamaría La casa del lector”

W. H. Auden, el gran poeta inglés, incluyó en uno de sus últimos libros un hermoso poema titulado "Sólo para amigos". El poema, simplísimo, de una belleza sosegada y profunda, se confunde con una carta. Una carta dirigida a un amigo en la que, después de lamentar el mucho tiempo que llevan sin verse, le propone cortésmente que les visite. Hay una habitación preparada para él.

Esta habitación te espera

Espera a lo que sólo tú, como visitante, puedes traer:

Un fin de semana de vida personal.

Hoy nos encontramos este poema entre los numerosos e imprescindibles del poeta, y no tenemos que estar al tanto de a quién se dirige, ni de los hechos que le hicieron surgir; para que nos sintamos conmovidos por él.

Sabemos que esa habitación que se ofrece no tiene ya una realidad objetiva y, sin embargo, no podemos dejar de sentir que sigue existiendo y que de alguna forma se confunde con el poema que acabamos de leer. Que esa habitación no sólo existe y nos está esperando en algún lugar; sino que nos está destinada. Que podemos acceder a ella en este presente, el de la lectura.

Octavio Paz dijo que la poesía es la búsqueda de un aquí y un ahora, y ese presente y ese lugar que invoca el poeta se confunde con aquél que da paso a los juegos de los niños y de los amantes. El poeta dispone una estancia, y el lector la reconoce al instante como algo suyo, y accede a ella al leer: ¡Cuántas veces hemos leído así, buscando esas moradas, esas estancias secretas en las que recogernos, o en las que llevar a cabo los más inconfesables anhelos; tratando de escuchar ese lenguaje de la amistad que nos dice que están dispuestas para nosotros! La misión del poeta -como también escribió Octavio Paz- es hacer habitable el mundo. Y si hay una definición hermosa que convenga a la literatura es sin duda la de la búsqueda de un destino en la tierra. *Residencia en la tierra* tituló Pablo Neruda al más decisivo de sus libros, y la poesía por encima de todo aspira a alcanzar una significación civil, confundirse de alguna forma con esas obras públicas, los pequeños pantanos, los canales, los tendidos eléctricos, que ayudan al hombre a definir un hábitat en este mundo. Leer un poema, en cierto sentido, no debe ser distinto a cruzar un puente, a utilizar uno de esos ingenios que hacen posible la comunicación y la fundación de un lugar. El lector es como uno de esos viajeros que aparecen en los relatos góticos, que divisa un castillo y se encamina hacia él esperando encontrar un lugar donde guarecerse: ese reino de Tum-Tum, descrito por Auden "donde una lata de galletas colocada junto a la cama suministraba material para la masticación nocturna".

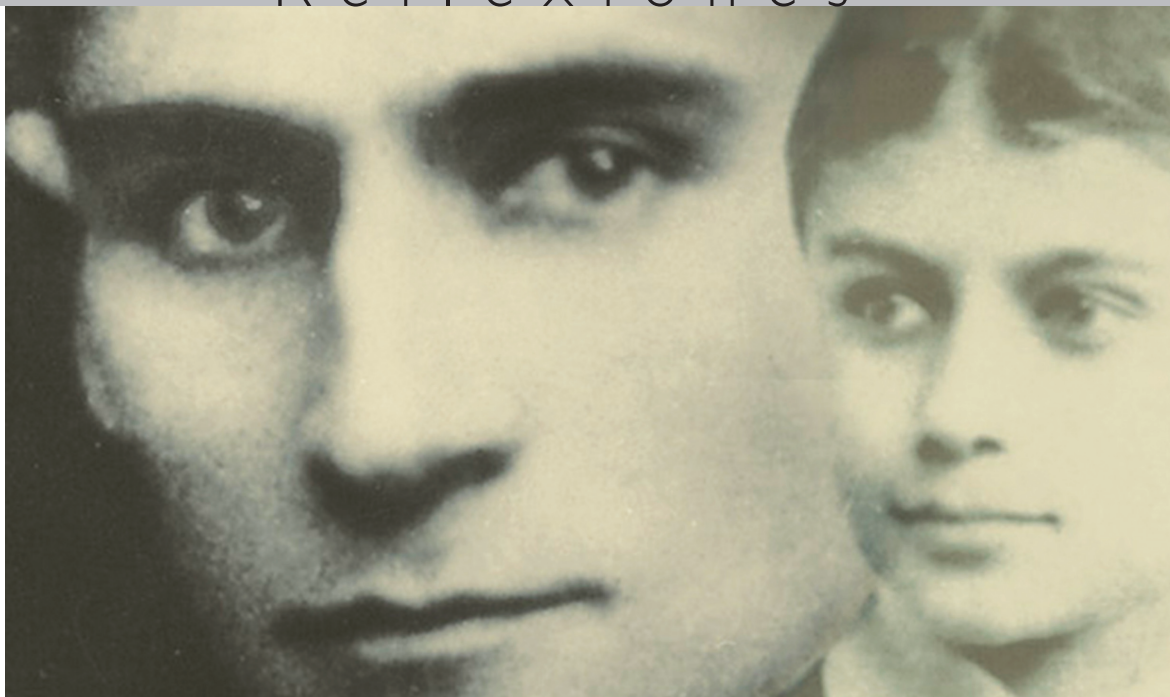
Y si hay una definición hermosa que convenga a la literatura es sin duda la de la búsqueda de un destino en la tierra.

Literatura y realidad

Pero la primera pregunta que podemos hacernos es por la realidad de ese espacio. No es real, pensamos; la habitación que se confunde con el poema es una ilusión, y pertenece a nuestra fantasía. Y sin embargo, de ser esto cierto, la impresión que provocaría en nosotros sería intrasferible, ya que pertenecería de forma exclusiva a la esfera de la subjetividad. Un niño coge una silla, se monta en ella de cara a su respaldo, y dice que es un caballo, algo que ninguno de los otros niños (en la medida en que participan del juego) se le ocurrirá cuestionar. También leer es ser partícipe. El poeta nos ofrece un juego, y nos transformamos en sus lectores en la medida en que, aceptando las reglas que lo hacen posible, entramos a formar parte de él. Hay una regla básica, suspender todo tipo de juicio acerca de la realidad o irrealidad de las acciones que en él se emprenden.

La literatura, como el juego en los niños, se sitúa en una zona intermedia, entre el sueño y la realidad. Una zona que no es objeto de desafío alguno, que no se encuentra bajo el dominio de lo mágico (como lo meramente ilusorio), ni está enteramente fuera de ese dominio (como sucede con los objetos que llamamos reales). Donde se lleva a cabo esa perpetua tarea humana de mantener separadas y a la vez interrelacionadas la realidad interior y la exterior.

En este sentido la tarea del lector es una tarea femenina. No debe colonizar el texto, no debe abrirse paso entre sus páginas con la ferocidad de los que ocupan las selvas para explotar sus riquezas, sino calladamente, sin hacerse notar; con el deslumbramiento y el temor del que se interna en un terreno que desconoce. Su hábitat no es el hábitat iluminado de la razón, sino una



Kafka.

estancia oscura, de recogimiento y reserva. El pintor belga René Magritte podría haber pintado un cuadro con este tema. Se llamaría *La casa del lector*, y se vería una casa en un paraje intensamente iluminado por la luz del sol. Pero a pesar de esa luz, todas sus ventanas estarían pintadas de negro. Una casa, pues, que aun en pleno día, conservara la oscuridad, puesto que ese ámbito, el del recogimiento y el secreto, es el único en que cabe leer.

Tal vez se vea claro lo que quiero decir si analizamos lo que pasa entre los enamorados. Aquél o aquélla que se ama se distingue obviamente de las otras criaturas. No es una mera elucubración, puesto que lo propio del amor es el cuidado del objeto, pero tampoco una realidad separada, del orden de las que percibimos en la naturaleza. Existe, a la vez, en la realidad y en nuestra imaginación. Aún más, es un puente entre ambas, entre nosotros y las cosas del mundo. W.C. Williams dice que la flor que entrega el enamorado es una flor cuyo olor sólo existe para la imaginación, pero sabemos a la vez que es sólo gracias a esa flor soñada como puede accederse a la contemplación verdadera de todas las flores del mundo. De la misma forma el poema de Auden modificará para siempre en sus lectores la idea misma de hospitalidad.

Lectura como transgresión

En uno de sus ensayos Rosa Chacel vinculó la lectura al secreto, y todo lo que se hace en secreto lleva ineludiblemente al desafío de una prohibición. En este sentido la figura del lector se confunde con la de esos personajes de tantas historias a los que la curiosidad lleva a la transgresión de una norma. La habitación que abren a escondidas las mujeres de Barbazul, la lamparita que enciende Psique para contemplar el rostro de Eros, la manzana que Eva, tentada por la serpiente, llega a robar del árbol prohibido, la caja que abre Pandora y que ocultaba todos los males que asolarían al mundo. Es curioso que sean necesariamente esos actos terribles los que nos abran las puertas de la realidad. Eva es la criatura paradisiaca por excelencia, pero es a la vez quien provoca con su atrevimiento la emergencia de lo real (inseparable de la idea de la expulsión y el éxodo). Psique, al encender su lamparita, hace que esa pura interioridad que es el reino de la unión sexual se proyecte temblorosa en la contemplación del cuerpo humano, de su belleza y sus simetrías. La lamparita define una estancia, la del encuentro entre los amantes, pero también la posibilidad del poema.

La habitación de Auden se confunde con esos cuartos secretos y la lectura es siempre el acceso a uno de ellos. Por ejemplo, el cuarto de la mujer loca de Jane Eyre: por ejemplo, la cámara nupcial a la que el siniestro protagonista de *El fantasma de la ópera* pretendía conducir a su amada; por ejemplo, la construcción subterránea a que se entrega el topo que protagoniza uno de los últimos relatos de Kafka. Pues bien, la lectura tiene que ver con esas estancias subterráneas. No tanto con el desvelamiento de su misterio, como con el aprendizaje de vivir en su vecindad, como decía Rilke que había que aprender a vivir entre las preguntas. La figura del lector podría confundirse por eso con la de Jane Eyre, la pobre huérfana de la novela de Charlotte Brönte, o con la institutriz aterrorizada de *Una vuelta de tuerca*, la novela de Henry James. En ambas novelas las muchachas son contratadas para ocuparse de la educación de unos niños, y en ambas asistimos al progresivo desvelamiento de un misterio terrible. En el caso de Jane Eyre, de un cuarto secreto, donde vive encerrada una mujer loca (primera esposa del dueño de la mansión); en el de *Una vuelta de tuerca*, de una zona de sombra donde conviven dos tiempos, el real y un presente eterno y perturbador donde el antiguo jardinero y una remota institutriz se siguen encontrando después de la muerte. También, en ambos casos, el relato existe en la medida en que ese misterio no ha sido aclarado, y el instante en que esto se consigue reproduce en cierta forma el pecado de Eva, y nos da a la vez la visión y la pérdida del paraíso. Ese instante, ese deslumbramiento, es la esencia de lo literario. En cierta forma la literatura recrea una y otra vez ese mito, el de la existencia de un lugar oculto, hurtado a lo real, del que nadie tiene noticia y al que ninguna palabra desvela. Es el mundo del Fantasma, el magnífico personaje de la novela de Gastón Leroux. Un accidente le ha separado del mundo obligándole a vivir perpetuamente escondido en los sótanos del teatro de la ópera. Su rostro, desfigurado por el fuego, le impide buscar la vecindad de los hombres. Se enamora, y tampoco puede declarar su amor. Su vida se ve reducida a un deambular eterno por esos corredores deshabitados. Pero ese mundo de los pasadizos, de las antiguas mazmorras, de los canales y las cámaras sumergidas es también el mundo de la literatura. La lectura verdadera tiene que ver con ese deambular ardiente, no percibido por nadie, del Fantasma, con esos ocultos cuidados que hacen del desaparecido el pocero de la verdad. Es el mundo de la memoria, y en el que se guardan las señales de todo lo que el hombre pudo hacer o pensar; pero también el de la imaginación y el deseo. El Fantasma recorre los pasadizos, las antiguas mazmorras, y su deambular silencioso tiene el carácter de una rememoración, la de ese tiempo de horror y crueldad extrema que se dio cita en esos lugares; pero también se ocupa de disponer esa cámara en la que espera consumir su amor; y esa tarea más que con la memoria tiene que ver con la imaginación, entendida como nostalgia del paraíso.

De la novela de Leroux se hizo a principios de los años treinta una película magnífica, protagonizada por Lon Chaney, el hombre de las mil caras (¿no es esa, por cierto, una buena definición del lector; no exige cada nuevo libro -como cada actuación al legendario actor- una caracterización diferente, el sueño de ser siempre otro?). La caracterización que este actor hizo del Fantasma es soberbia, y las escenas en que conduce a la chica por los pasadizos con el rostro cubierto por una máscara de una hermosura incomparable. Hay una escena en que el Fantasma le enseña el cuarto que ha dispuesto para ella. Las colecciones de zapatos, el vestido blanquísimo, el tocador lleno de tarritos y espejos, todos con su nombre grabado. Podemos imaginar al Fantasma preparando durante meses ese encuentro, saliendo a escondidas para realizar las más delicadas compras, disponiendo cada detalle, recreando con cada nueva vez el instante en que ella por fin atendería su deseo y bajaría con él a su reino. ¡Cómo no iba a desesperarse cuando comprueba que nunca sería suya, que le rechaza por su fealdad, cómo no iba a transformar esas galerías por las que esperaba acceder al paraíso en aquellas otras que ineludiblemente habrán de conducir al infierno a quienes se atrevan a recorrerlas! Ese es el descubrimiento terrible, la cámara nupcial apenas está separada por un velo de la cámara de torturas, y el universo del Fantasma es ese universo doble en que sólo cabe el goce más intenso o la destrucción.

El lector, constructor infinito

El lector de un libro se confunde con la figura del Fantasma pero también con el topo de *La construcción* (el extraño relato del que para mí es el más grande escritor de este siglo, Franz Kafka). Esta labor subterránea, interminable, la de instalarse en el interior de esa morada oculta, recorrerla una y otra vez, equivale a la actividad del lector. Cuando leemos no somos diferentes al topo del relato de Kafka, construyendo esa infinita red de pasajes. Y la historia del lector se confunde con ese trabajo infinito del topo. Cada nuevo libro una nueva galería, una nueva cámara sumergida. De forma que poco a poco el peso de ese mundo hurtado a la luz, a las razones prácticas, termina por ser más amplio que el otro. Pero no leemos sólo para protegernos. La construcción, qué duda cabe, tiene un sentido defensivo, pero a la vez es una exposición. Kafka lo dice de una forma admirable. Precisamente, como propietario de esa obra grande y delicada, el topo está indefenso ante cualquier ataque serio. "La dicha de poseerla -reflexiona el topo- me ha ablandado, la delicadeza de la obra me ha hecho delicado a mí, sus lesiones me duelen como si fueran mías". Y en otro momento anota: "Allí, en ese sitio en el oscuro musgo, soy mortal y en mis sueños aguarda interminablemente un ocio voraz".

El hocico de la bestia humea en lo más hondo de ese mundo escondido. Esas galerías nos exponen, nos hacen más vulnerables. Nos abren, como en el caso del Fantasma, a la memoria del hombre, de sus horrores, de sus anhelos más inconfesables, a una responsabilidad imposible de asumir de una forma completa. Pero también a ese otro mundo, el que guarda las huellas del paraíso. Y eso es precisamente lo que trata de preservar la imaginación. La memoria de lo que no ha sido, de ese lugar central donde nuestra sangre no se perdería.

Esa es la búsqueda esencial, la de un lugar -como la habitación de Auden- donde podríamos aceptar tranquilamente incluso las heridas más atroces y mortales, porque "nuestra sangre de derramarse no se llegaría a perder". Donde todo estaría fundado, en orden, rodeándonos amistosa y cálidamente, como un nido al ave. Una casa en suma. Un proverbio oriental dice que el

hombre nace en la casa pero muere en el desierto. Lo propio del hombre es esa vida en el éxodo, pero también el deseo de una fundación. La literatura tiene que ver con ese deambular por el desierto y con la búsqueda de un lugar conquistado a ese existir sin reino. Ese topo del relato de Kafka atareado en sus galerías, apisonando y empujando, arañando y mor-

diendo, hasta trazar un interior; un castillo que a ningún otro podría pertenecer; es la imagen misma del hombre. Kafka, en una de sus cartas a Milena, cuenta que acaba de ver a un grupo de emigrantes. Son judíos, y esperan en el puerto a que salga su barco en dirección a América (la tierra prometida). Describe esa pequeña comunidad, y se fija sobre todo en los niños que juegan entre los equipajes. Acuden a menudo a los mayores y éstos, de forma distraída, les dan de comer. Ese ir y venir es incesante, y se diría que los niños tienen ese don, el de conseguir alimentos allí a dónde se dirigen. "Todo es comestible" exclama Kafka, que añade al instante que quisiera ser uno de esos niños.

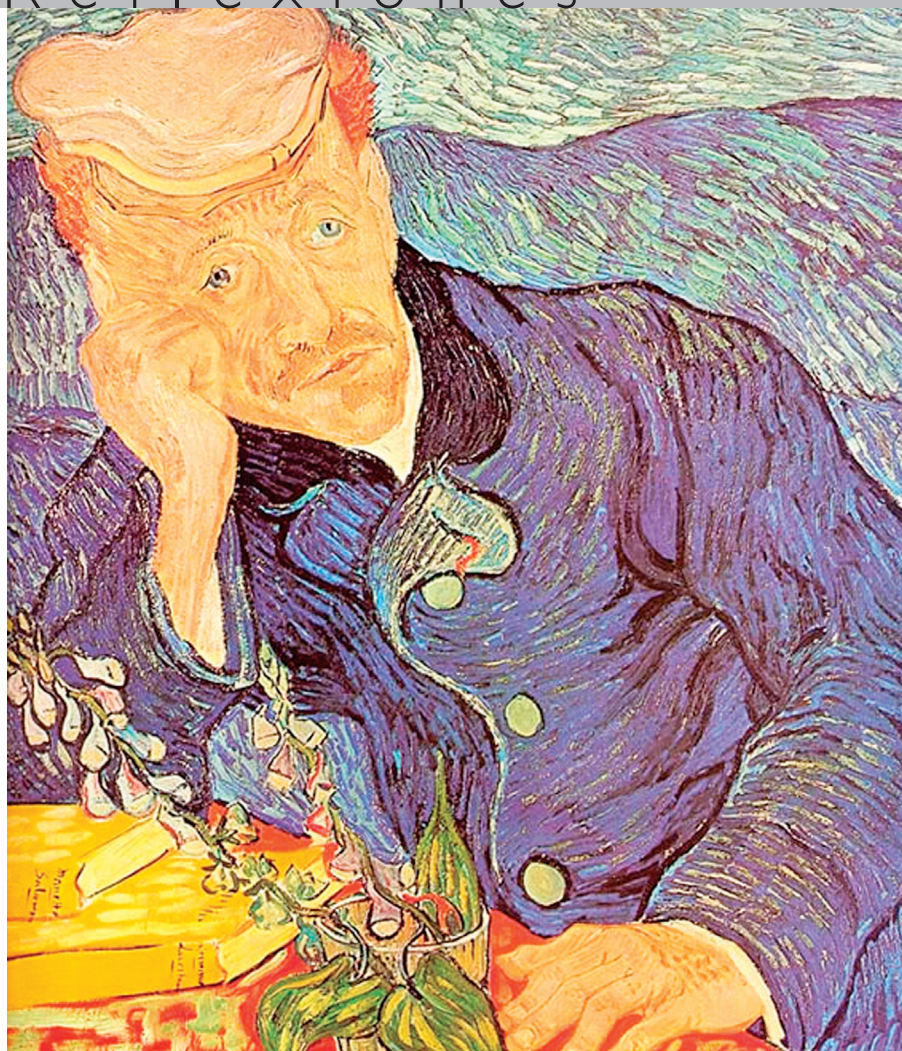
Esta labor subterránea, interminable, la de instalarse en el interior de esa morada oculta, recorrerla una y otra vez, equivale a la actividad del lector. Cuando leemos no somos diferentes al topo del relato de Kafka, construyendo esa infinita red de pasajes.

Ser como un niño. Los niños viven en esa zona intermedia de que hablé al principio, y están en permanente comunicación con todas las cosas y las criaturas del mundo. No creo que importe mucho que lean o no. Están en la literatura sin necesidad de leer; viven en los libros sin necesidad de abrir ninguno. No creo por eso que las campañas que constantemente tratan de favorecer la lectura en la infancia tengan nada de decisivo. La lectura no es un hábito que pueda fomentarse, es una necesidad. Y el niño, al menos hasta los diez o once años, no tiene por qué leer. Su mundo es básicamente oral. Luego leerá o no, pero de hacerlo, de llegar a convertirse en un lector verdadero, lo hará a partir de un desacuerdo profundo con el mundo, de un choque con ese principio de realidad que dirige y regula nuestras acciones y pensamientos. Pero no sólo por ese choque, ni sólo porque se sienta infeliz. También por el sueño de una vida fundada, de una armonía con los demás seres de la creación. Porque la literatura tiene, sí, un lado crítico, de denuncia, y es una pregunta acerca del hombre, de sus insuficiencias, pero sólo concebible desde la evocación del mundo de la posibilidad infinita. Leemos cómo ese pueblo judío a que se refiere Kafka se agrupa en torno a las hogueras nocturnas para escuchar una y otra vez el relato del éxodo. Asistiendo de nuevo a las dificultades que el hombre habrá de encontrar a su paso por la tierra, al sufrimiento de ese deambular sin destino, de ese desarraigo, pero también queriendo escuchar el relato de lo venturoso, de los encuentros sorprendentes y felices. Porque la búsqueda esencial del lector es la de un pensamiento abierto al mundo del mito, de la fábula, un pensamiento que lejos de oponerse a ese mundo, le suceda, nazca de él como una emanación, como un don inesperado y secreto.

El éxtasis lector

En ese sentido su búsqueda se confunde con la de los santos, y con la de los poetas, que tampoco son dueños de sus pensamientos. Hace unos años, tras una visita al poeta Francisco Pino, éste nos manifestó en la misma puerta de su casa, antes de despedirse de nosotros, su temor a lo que podía haber dicho durante el tiempo en que habíamos estado con él. Hablaba sin darse cuenta, y muchas veces le asaltaba luego ese inesperado temor; el de haber llegado a decir algo inconveniente. El poeta es un descabezado, y es traído y llevado por las palabras (como San Pedro Regalado, ese santo emblemático de Pino, lo fue por los ángeles). Es un milagro maravilloso. San Pedro Regalado se arrodillaba a rezar, y al salir de su trance se descubría en los lugares más insólitos, pues los ángeles le transportaban de un lugar a otro sin que él se diera cuenta de que lo hacían. Una tarde cruzó el río Aza directamente sobre las aguas. Iba ensimismado y no reparó en el río. Lo atravesó como si tal cosa, llevándose a la apacible mula detrás (que también, descabezada como todos los niños y los animales, anduvo sobre las aguas sin mayores problemas). Irse no se sabe por dónde, atravesar el cauce de un río, es propio de esa rara

El lector, como el amante o el niño, es siempre un atraviesamuros. Y tal vez incluso puedan dividirse los hombres en dos grupos: en aquéllos que tienen a menudo esa certidumbre (la de esos tránsitos inesperados, y el acceso por ellos a verdades desconocidas anteriormente), y en aquellos otros para los que la vida siempre es previsible, y para los que todos los caminos están trazados de antemano antes de comenzar a andar.



Vincent van Gogh:
*Retrato del doctor
Gachet.*

especie de atravesiesamuros a que también pertenece el lector: Jack London tiene una novela titulada *El peregrino de las estrellas*, en que un prisionero abandona su celda y viaja realmente en el tiempo y el espacio, sin moverse de allí, y todos tenemos ese don al leer (también durante los sueños). Estos recorridos no tienen una existencia meramente mental, tienen lugar en la realidad. Coleridge describe en uno de sus poemas la rosa que se trajo de un sueño, y todo lector ve proliferar con sus libros esa memoria impredecible que han ido fraguando sus sucesivas lecturas.

El propio Pino en una hermosa conferencia dada hace años, que tituló *La invisibilidad de Castilla*, nos habla de uno de esos atravesiesamuros. En este caso se trataba de una mujer; la mística Javiera del Valle. Sale de su casa, en un estado de profundo ardor; y se dirige hacia uno de los pueblos próximos arrastrada por inefables anhelos. Se encuentra con unos vecinos, y teme que la vayan a conocer (lo que la obligaría a volver en sí para responder a su saludo). Pero pasa a su lado sin que éstos se den cuenta de quién es, ni que aparentemente lleguen a verla. Ese descubrimiento la lleva a un gozo tan extremo que de pronto ya no puede andar por el camino, ya no

puede llorar en silencio. Y sin poderse contener se echa a correr por el campo dando voces y gritos. Pino habla de un proceso de sobrenaturalización. La mística se confunde con el paisaje, que la arrebató a su invisibilidad. ¿Pero no es esa en cierta forma la imagen del lector; la de aquél que ya no está en el camino? Leer es echarse a correr por los campos, arrebatado por ellos, desaparecer en esa invisibilidad del libro. Fijaos en alguien leyendo. Su silencio, la quieta disposición de sus manos. Su rostro se aclara hasta la transparencia y se diría que muy pronto dejaremos de saber a quién pertenece, de la misma forma que los vecinos de Javiera del Valle la pasaron por alto en el camino durante los instantes de su trance. También el lector es llevado por los aires, no sabe dónde está. Ha pasado a formar parte de esa sobrenaturalidad que es el reino de la poesía. Pero la poesía no nos aparta del mundo, y este es el verdadero misterio. Por la imaginación accedemos inesperadamente a la realidad (como si la imaginación fuera esa nostalgia del presente de la que siempre habló Juan Ramón Jiménez). Nostalgia del presente porque la imaginación es el recuerdo de lo que nunca sucedió, en la medida de que nada sucede como debe. Un tipo de consciencia que, como quería Kafka, nos exige algo imposible para nuestra lógica, la certeza de que hemos sido expulsados del paraíso y de que pertenecemos a la vez eternamente en él.

(...)

Magia, lectura e infancia

Walter Benjamín dice que el niño no sufre la primera decepción cuando comprueba que los adultos son más fuertes que él, sino cuando no puede hacer magia. Esa renuncia a la magia implica, como ha escrito Fernando Savater, volverse hacia el propio interior en busca de lo portentoso. Cuando leemos, realizamos esa misma elección, y por eso somos como niños que juegan. No porque estemos reivindicando la magia y negando el mundo exterior; sino en cuanto tratamos de hallar esos accesos inesperados. El lector, como el amante o el niño, es siempre un atraviesamuros. Y tal vez incluso puedan dividirse los hombres en dos grupos: en aquéllos que tienen a menudo esa certidumbre (la de esos tránsitos inesperados, y el acceso por ellos a verdades desconocidas anteriormente), y en aquellos otros para los que la vida siempre es previsible, y para los que todos los caminos están trazados de antemano antes de comenzar a andar.

(...)

Andersen escribió un cuento titulado *El jardín del paraíso*. Este es su primer párrafo. "Erase un príncipe que tenía más y más bellos libros que nadie: todo cuanto ha ocurrido en este mundo podía leerlo en ellos y verlo representado en espléndidas láminas. Podía informarse sobre todas las gentes y sobre todos los países, pero ni una palabra había en ellas acerca de dónde se encontraba el jardín del paraíso y esto era precisamente lo que más le interesaba saber".

La búsqueda de esas palabras, las que hablan del primer jardín es la búsqueda del verdadero lector; que no pretenderá al leer la expresión de lo que ya conoce, o de lo que puede expresar; sino de esa realidad invisible y desconocida; el instante en que accede a ese estado de gracia, anterior y posterior a toda cultura, que es el estado poético. Elías Canetti dijo que el poeta

es el guardián de las metamorfosis, y se lee tratando de sorprender ese instante de conversión que siempre tiene que ver con lo paradisíaco. Leemos buscando el paraíso. (...) La lectura de ciertos libros nos hace levantar los ojos avergonzados y mirar una y otra vez a nuestro alrededor, como temiendo que alguien pudiera habernos sorprendido en esos instantes y adivinara nuestros pensamientos. Pero no hay nada más paradisíaco que la vergüenza. Adán y Eva se avergonzaron por su pecado, y la vergüenza guarda a la vez la memoria de ese pecado y del paraíso que inevitablemente se invoca al llevarla afecto. Por eso el verdadero lector es el que tiembla, el que necesita esconderse para leer. Es semejante al Fantasma. Prepara algo, se esconde, dispone una estancia. La lectura no tiene que ver con la ética. Leemos queriendo serlo todo. Julián Sorel cuando en *Rojo y negro* roza por primera vez el pie de Madame Renal; Silas Marner cuando encuentra a la niña en la nieve; el auténtico *Artista del Hambre* en la escena del circo; uno de los asistentes a esos desayunos en que el viejo Gant, en *El ángel que nos mira*, reunía sobre su mesa todos los alimentos de la tierra. No quiero multiplicar los ejemplos, que podrían ser innumerables. No existe lector sin esa llamada secreta. De la misma forma que la literatura no sería nada sin esa larga nómina de personajes grotescos, infantilizados, esos personajes en que, como en la Josefina del último relato de Kafka, "aún se conserva algo de nuestra pobre y breve infancia, de una dicha perdida que no puede volver a encontrarse". La puerilidad implica en todos ellos una apertura, una vida contra las fronteras, la rebelión contra esas limitaciones de la vida humana que hacen que el hombre tenga que morir sin ver cumplidos la mayoría de sus anhelos. Uno de estos personajes es *El Jinete del Cubo* de Kafka. Su situación es de necesidad. Hay un nerviosismo, una inquietud extrema que le lleva a montarse sobre el cubo vacío. Sale volando por los aires, recorre la ciudad entera hasta llegar a la casa del carbonero. Este jinete del cubo podría ser el emblema de todos estos personajes esenciales. En todos ellos hay, como en el personaje del relato de Kafka, ese excedente de fuerzas que inesperadamente les hace saltar por los aires y hablarnos, al hacerlo, directamente al corazón. El lector está, como ellos, en una situación de indigencia. Por eso abre un libro, abrir un libro es como montar sobre un cubo, como irse por los aires en busca del carbonero. ¡Cuántas veces nuestra razón, como la esposa del carbonero, ha espantado con el mandil a ese otro que somos al leer, que aspira y llega a lo más alto mientras mantiene el libro en sus manos!

Todos recordamos esa hermosa novela de Ray Bradbury que se llama *Fahrenheit 451*. La orden de quema de los libros y el empeño de unos pocos por conservarlos en su propia memoria, recitándolos una y otra vez, en las largas horas de soledad, para evitar su olvido. Es una idea a la que es difícil permanecer indiferente, y que nos incita a preguntarnos por el libro que cada uno de nosotros trataría de preservar en una ocasión así. Por mi parte, y entre la lista innumerable de libros que me gustaría salvar, me decido hoy por uno de cuentos. Es anónimo y se titula *Cuentos jataka* (que son cuentos de la tradición budista, protagonizados por animales). Lo hago porque entre ellos figura uno de los cuentos más extraños que haya leído nunca (y además porque su corta extensión, apenas dos hojas, me permitiría asumir la responsabilidad de memorizarlo con cierta garantía de éxito).

Un hermoso elefante vive solo en las estribaciones de una montaña y se encuentra con un grupo de personas. Vienen lamentándose amargamente porque andan perdidos y apenas pueden resistir el hambre y la sed. Formaron parte de una inmensa y riquísima caravana, pero después de múltiples vicisitudes ellos son los únicos supervivientes. Le preguntan al elefante por el camino que deben seguir para llegar a la ciudad más próxima, pero éste les contesta que la distancia que les separa de ella es excesiva, y que nunca podrán alcanzarla en su estado, por lo que deben pensar antes en descansar y recuperar sus fuerzas. Allí mismo -añade- entre las piedras, hay un pequeño arroyo para satisfacer su sed, y a su lado el cuerpo de un elefante de cuya carne pueden alimentarse, pues acaba de morir. Y dicho esto el elefante blanco se despide de ellos y desaparece. Sube a lo alto de la montaña y se arroja sin dilación al vacío, confiando en que cuando los hombres lleguen al lugar que acaba de indicarles encuentren su cuerpo aún tibio junto al agua que corre a su lado y puedan satisfacer su apetito. Así ocurre, pero ellos le identifican al momento y entristecidos por su muerte evitan en principio comer su carne. No tardan en cambiar de opinión. Se dan cuenta de que sólo haciéndolo, repartiéndose aquel cuerpo inmenso y benigno, serán fieles a su memoria y harán que su sacrificio no haya sido inútil. Y ese alimento no sólo les da fuerzas para alcanzar la ciudad, sino que a través del recuerdo les ayuda a permanecer justos y nobles el resto de sus vidas.

Este es el relato. Y me doy cuenta ahora, al terminarlo, que no podría explicaros la razón exacta por la que lo he elegido en una ocasión así. Tal vez porque hablar de los libros que nos gustan supone hacerlo de los instantes que dedicamos a su lectura, y porque creo difícil no experimentar cuando leemos bien un sentimiento semejante al que debió de ocupar el corazón de los peregrinos de este relato cuando después de comer y beber se alejaron de aquel arroyo: el sentimiento de haber participado en el reparto de un alimento desconocido, y que a partir de ese instante ya nada volvería a ser igual. Tal vez porque he venido hablando todo el rato de la imaginación, y la imaginación tiene que ver necesariamente con el misterio. Y ese relato es sin duda uno de los más misteriosos y extraños que puedan existir. Y por una sencilla razón, porque su tema es la bondad. Alguien que se hace cargo de algo, que lo hace sin un motivo aparente que lo justifique, sin que él mismo pueda explicarse por qué, que se ocupa de mantenerlo y cuidarlo y que, llegado el caso, será capaz de ofrecer su vida sin exigir nada a cambio. La bondad tan vinculada a la gracia, que hace que la gracia alcance de nuevo a las criaturas devolviéndoles con creces todo lo que creyeron perder:

¿Pero no es ese el reino de la literatura? ¿No leemos en definitiva tratando de recuperar todo lo que hemos perdido? Leer es participar en ese festín, el del gran elefante blanco, que es sin duda una criatura del paraíso.

En un cuento de *Las mil y una noches* un hombre se envenena al leer. Las páginas están impregnadas de una sustancia fatal que al pasar las hojas va penetrando por la yema de sus dedos hasta distribuirse por su sangre. Leer es querer ese veneno, querer vivir de ese alimento que sólo en alguno de nuestros sueños llegamos a probar. Por eso la imagen de lector extre-

mado no es diferente a la del *Artista del Hambre*, a la de ese buscador famélico del relato de Kafka que se niega no tanto a comer como a entretener su apetito con comidas zafias, torpemente condimentadas, y que sólo vive para anticipar el momento en que podrá participar de ese gran festín y en que verá compensada con creces su larga espera.

Recuerdo, ya para terminar, haber visto hace unos meses un reportaje sobre un lugar de Capadocia. Iba a tener lugar una boda, y antes de llevar a la novia a la que iba a ser su casa durante el resto de su vida, donde la esperaba su futuro marido, todas las mujeres del pueblo se reunían a su alrededor y cantaban interminablemente a lo largo de toda la noche. Eran canciones llenas de tristeza, en las que se despedían de ella para siempre. Al amanecer, y poco antes de su partida, ofrecían a la novia un espejo para que se despidiera de la que había sido hasta ese mismo instante. Esa imagen era su ser no desposado, que se quedaría allí, junto a los que fueron suyos, mientras ella se iba alejando hacia su nueva vida. La hermosura de ese ritual, su penetración al enfrentar a la novia a esa parte de sí misma (la vinculada a su infancia y a los primeros años de su adolescencia) que nunca podría integrar plenamente en su vida adulta no puede dejar de conmover a quien alguna vez haya tenido noticia de él. Me es difícil no asociar esa imagen que la novia contempla en el espejo antes de abandonar su casa, con la del alma, con ese reino por ella frecuentado sin el que lo más íntimo y secreto de la experiencia poética no podría existir. Ese reino, el del alma, es el reino del lector. Leer es volver a encontrarnos, en secreto, a espaldas de todos, con ese ser no desposado que anda vagando de un lado para otro, recibirlo y darle crédito. ●